
Zapatos: andante con variaciones

Margo Glantz

Para Beatriz Aguad

A medida que pasa el tiempo, el zapato olvida su procedencia y su etimología. ¿Quién recuerda que la palabra zapato en español proviene del turco? Es, pues, una palabra renacentista, antes no existía en español, se usaban otros vocablos: calzas o calzado. En el Primer Diccionario de la lengua castellana, el de Covarrubias, se informa que calzado quiere decir el que lleva zapatos, por oposición a los religiosos que hicieron profesión de no llevarlos, por ejemplo Teresa de Jesús o Juan de la Cruz, vulgarmente conocidos como los carmelitas descalzos. . .

2 – Los grandes colosos egipcios llevan los pies desnudos. Los héroes homéricos también, aunque pueda cabernos alguna duda. En cambio, Moisés, en el Deuteronomio, puede enorgullecerse de decirle a los Hebreos: “Os he hecho marchar durante cuarenta años por el desierto y vuestras sandalias no se han gastado bajo vuestros pies”, y ésta es la primera mención escrita que existe sobre el calzado. Aunque, si lo reflexionamos bien, Dios ya había pensado, al crearnos, en la necesidad de proveernos de un buen sostén sobre la tierra: nuestro primer zapato es el que nos brinda la propia anatomía: la planta de los pies nos garantiza una pisada firme. La suavidad y la elasticidad de este calzado primigenio se deben sobre todo a un conjunto maravilloso de huesitos, los sesamoides, situados bajo el primer metatarso.

3 – Y este preámbulo es necesario para quien quiere escribir la historia de una mujer cuya máxima ambición fue caminar el camino de la vida con zapatos de diseñador

4 – No había nacido en sábanas de seda ni probó sus primeros alimentos con cucharita de plata. Estaba empleada en una zapatería de provincia que vendía modelos (imitaciones) del centro a precios accesibles. Es más, la especialidad de esa tienda eran los choclos Elizalde (*glacé* negro, corte austero y perfecto) para el confort de las matronas; también las zapatillas estilizadas que combinaban el *beige* y el rojo, el gris y el negro o el blanco con el café o el azul marino, especialmente diseñadas para señoritas ambiciosas de barrio popular.

5 – Es hora de confesar que esta historia es autobiográfica, y por tanto, profundamente sincera.

6 – El diseñador preferido de la protagonista es Ferragamo. Nació el 6 de junio de 1898, en Bonito, Irpinia: el onceavo hijo de una familia de 14 niños; sus padres, pequeños propietarios agrícolas. Desde pequeño tuvo obsesión con el calzado, pero a su padre (como al de mi madre) le parecía una profesión indigna. Una noche trabajó para confeccionar un par de zapatos blancos para la primera comunión de su hermana preferida. Fue un predestinado. De la misma manera que Leonardo de Vinci, nacido para pintar la Mona Lisa y diseñar inventos revolucionarios, Salvatore Ferragamo nació para diseñar zapatos.

7 – Cuando empiezo a escribir mi vida me entran algunas dudas, aunque mi infancia fue también humilde. Esas dudas se fortalecen después de leer las memorias de Nabokov. La verdad es que cuando leo cosas tan profundas como las que él escribe, me siento disminuída, inútil, y, lo que es peor, mis obsesiones se convierten— como la naturaleza americana para Buffon— en algo inferior. ¿Cómo puede equipararse alguien, cuya tragedia ha sido sólo un exilio de colonia a colonia proletaria durante su infancia, con un exiliado de la nobleza de un país que produjo a Gogol, Dostoiewski, Chéjov, y, claro, a Nabokov *afterwards*? Mi historia trata de una mujer que ama desesperadamente y la consecuencia de ese amor fatal no es el suicidio, al estilo de Anna Karenina echándose a las vías del tren o de Madame Bovary tomando arsénico para pagar sus deudas o de Madame de Clèves entrando a un convento para no ceder al amor carnal; no, su tragedia consiste en una paulatina deformación del pie izquierdo que le produce un dolor continuo pero mediocre (opacado por analgésicos) como el de un callo o

una muela inflamada, dolores nada comparables con el dolor lacerante que les producía a las santas mártires del Cristianismo la amputación de un seno, la mutilación de un miembro, el desollamiento o la crucifixión. En Nabokov muchas veces la tragedia degenera en una parodia sutil; en mi caso, la parodia cae en la farsa como los perros americanos cayeron en la inferioridad cuando Colón descubrió que no ladraban. Y mis padres eran ya de por sí inferiores (judíos-rusos) /¿No lo determinó así Hitler y los exterminó?/ Mis padres ni siquiera fueron a América, la verdadera, sino a México, al sur del Río Bravo, donde los habitantes somos despreciables. Si yo hubiera nacido en Nueva York hubiera estudiado en Cambridge o en Harvard y mi inglés sería impecable, como el de Carlos Fuentes. Insisto, nací aquí, al sur del Río Bravo, e insisto en contar la tragedia de una mujer que ama demasiado. ¿Habrá mayor necesidad?

8 – Nabokov creía en Dios, un dios formado por una especie de coro de fantasmas que volaban como mariposas. ¿En qué Dios puedo creer yo, sin siquiera ser de Rusia y teniendo como herencia sólo un exilio menor? Porque a fin de cuentas los que se exiliaron fueron mis padres y su exilio fue menos productivo que el de Nabokov o el de algunos conquistadores. Mi madre me dio el otro día la clave de por qué no regresó a Rusia: no tenía nada de qué vanagloriarse: no fue rica, ni famosa, entonces, ¿para qué emigrar? Todavía no estaba en su apogeo el estalinismo aunque ya se perfilaba, pero el acto de exilarse era como para hacer algo grandioso y mi mamá se exiló sólo para seguir a un aventurero que entonces ni siquiera usaba barba. Las cosas se hubieran mejorado si hubiésemos tenido un destino singular, pero mi padre tuvo una serie de tienditas, una serie de mudanzas, una serie de libros, una serie de hijas, una serie de viajes y una serie de pinturas y de esculturas que están esperando ser reconsideradas como obras de arte, al estilo de las obras que los prerafaelitas en Inglaterra pusieron de nuevo en circulación. Las guerras no nos tocaban siquiera de cerca, las oíamos en la radio o las veíamos en los noticieros en el cine, mientras mis tíos y primos en la Unión Soviética morían en el combate, en el aire o de hambre. Quizá esta obsesión por los zapatos que intento volver heroica para compensar la falta de heroísmo familiar tenga su origen en la profesión de mi tío Iván, el hermano mayor de mi madre que era zapatero, profesión nefasta, vergonzosa para la familia, sobre todo si se tiene en cuenta que

ese tío ni siquiera producía un par de zapatos entero, apenas la parte superior del calzado sin la suela, además tampoco se sabe si producía zapatos de hombre o de mujer. Mi tío Aliosha que llegó a México mandado por mis abuelos para proteger a mi madre de mi padre y del exilio se dedicó también a vender implementos para zapatos; él vendía sólo la suela, de carnaza, ni siquiera era suela fina y los dos tíos juntos y nosotros —que luego vendimos zapatos en una zapatería de un pueblo mediocre con estilos del centro pero con precios de pueblo— tampoco podemos equipararnos con el gran Ferragamo que hizo de la confección de zapatos un arte tan grandioso como el que ahora produce, con sus vestidos, Yves Saint Laurent o antes Bach con el arte de la fuga.

9 – Queda entonces clarificado que no teníamos nada de excelso y que para poder levantar el nivel de mi historia de un amor desgraciado y convertirlo en una tragedia tengo que construir un universo hercúleo. Intentaré hacerlo: Ya decía yo que mi tío Aliosha vino a México enviado por mi abuelo a cuidar a mi mamá y al llegar aquí cayó en la profesión nefanda, o mejor dicho merodeó por ella porque tenía una tienda de pieles (de inferior calidad) por la calle de Jesús Carranza, calle que no es evidentemente la flor de la elegancia, y para agravar más aún las cosas vendía lo que los zapateros que hacen calzado para el pueblo llaman despectivamente la carnaza. Completo el cuadro que tengo que delinear antes de proceder a narrar mi historia de la mujer que amó demasiado: Mis propios padres tuvieron varias veces unas zapaterías en el pueblo de Tacuba donde se vendían modelos del Centro de la ciudad con precios del pueblo de Tacuba, y es más, donde se copiaban con perfección y humildad los zapatos de mi ídolo *avant la lettre*, Salvatore Ferragamo (que *par dessus le marché* fue fascista). ¿Cómo hubiera podido yo saber, cuando entre lecturas de Faulkner y Dos Passos, sentada tristemente en la zapatería rogándole a Dios que ya no vinieran más clientes para que pudiera terminar *Santuario* o *Manhattan Transfer*, que mi ídolo sería más tarde Ferragamo? ¿Que hubiese yo descendido tan bajo sólo para comprarme zapatos de ese diseñador? Por esa época, o quizá antes de que yo pudiera leer sentada en la zapatería porque era demasiado joven, podía percibir la tristeza que mi madre sentía a veces cuando tenía que vender zapatos y mi padre no hacía nada de provecho más que escribir poemas. Con todo, a pesar de ser tan joven, ya sabía apreciar la elegancia de

esos zapatos (copias inconscientes de los de Ferragamo) contruídos graciosamente con tiritas verdes y grises, negras y blancas, cafés y *beige(s)*, rojas y azules (marino) que vendíamos a veintitrés cincuenta el par con un tacón gracioso, alado, maravilloso; zapatos, ahora lo advierto bien, poco adecuados para transitar por esas calles que en época de lluvias eran tan lodosas y profundas como el lago de Xochimilco (el de antes), y por las que se circulaba en canoas o a lomo de cargador indígena, alias tameme, por la módica suma de cincuenta centavos, un tostón, medida colonial de moneda.

10 – Como venía yo diciendo, los zapatos que mi madre vendía estaban concienzudamente hechos a mano, e imitaban sin saberlo los diseños de Ferragamo, y en Neiman Marcus de Dallas se vendían aproximadamente a cuarenta dólares de esa época, cantidad exorbitante si se piensa que nosotros los vendíamos a veintitrés cincuenta el par y el peso estaba a dos cuarenta y cinco por dólar. Pero vuelve a surgirme la duda: ¿cómo escribir un libro con tantas pequeñeces?

11 – En el *Times* de julio de 1989 se lee que la tan violentada y guillotizada María Antonieta se ha convertido en la niña de los ojos de los franceses quienes la han absuelto de sus culpas dos siglos después. Y el objeto más visitado en la exposición que el Museo de Caen ha organizado para celebrar el bicentenario de la Revolución Francesa es el zapato que la infortunada reina dejó caer al montar el patíbulo. Tres arquitectos han sido comisionados para crear seis espacios abstractos que albergan —por turnos— el preciado calzado. Guardianes vestidos como guardias *de corps* de la reina lo llevan de uno a otro espacio, protegidos por guantes blancos y los espectadores deben arrodillarse sobre una sábana blanca para venerarlo.

12 – Hoy he decidido ponerle a este libro *Historia de una mujer que quiso andar por el camino de la vida con zapatos de diseñador* . . .

13 – Tengo que empezar a contar la historia en el momento en que la mujer, (es decir, yo) va caminando por una calle de zapateros, quizá esa calle en Lisboa donde había zapatos de mala calidad, atrás de una plaza parecida a las zapaterías que abundaban en el pueblo de Tacuba. Me gustaría escribir un texto que fuese tan fino como los zapatos finos

que diseñó Ferragamo y no puedo porque ella (yo) conoció zapaterías de barrio, con zapatos de imitación que servían a gente de la clase media baja y a los limosneros que todos los sábados pasaban con su lata vacía a recaudar sus reglamentarias monedas de a centavo y entre semana llegaban con sus zapatos rotos y sin calcetines o sin medias y pedían zapatos mineros de a siete cincuenta o choclos de viejita de *glacé* negro con agujetas de a cinco pesos. Sólo mi maestra de piano, chaparrita y con *bloomers* de algodón color mamey, compraba zapatos de tiritas verdes con gris que combinaban con primor con su bolsa del mismo tono aperlado de las tiritas. Nosotros sólo vendíamos zapatos: alguna vez, *in illo tempore*, tuvimos una boutique en el mero centro llamada *Lisette* donde mi madre vendía sombreros, bolsas y guantes, objetos obsoletos.

14 – Una revista de anticuarios confiable registra un hallazgo excepcional: un par de zapatos del siglo XVII rematado en la casa de los lores de Northampton por 20,000 libras esterlinas. Lo excepcional, debe agregarse, no está en el hecho escueto de que se hayan encontrado zapatos del siglo XVII, lo extraordinario es que se trata de *un par* en perfecto estado de conservación. Recuérdense que, como la Cenicienta, María Antonieta sólo dejó caer *un* zapato cuando subió a la guillotina.

15 – Una mujer pasa repetidas veces frente a una vitrina, mejor, por una calle donde hay zapatos; su obsesión es doble, está fijada en los zapatos y en una novela que tienen relación con un camino por andar, obsesión que también tuvieron Santa Teresa y San Ignacio o San Juan, y los franciscanos seráficos de México. La idea es trazar un paralelismo entre la mujer que tiene que andar simplemente un camino amoroso o el camino *in mezzo del camin di nostra vita*, digamos, y, paralelamente, a manera de alegoría, los frailes seráficos, Santa Teresa y San Juan, que andan descalzos o con sandalias muy pobres. Entonces, sigo escribiendo el texto donde una mujer camina con zapatos de diseñador el camino de su vida, su vocación martírica contrasta con ese afán y de ello resulta su nostalgia de Santa Teresa de Jesús y de los frailes seráficos de México; lo remata todo con San Juan, el más importante de los místicos. Debe subrayarse que quizá esa obsesión cambie totalmente el plan de la novela.

16 – Primero, pasea por las calles donde hay zapaterías y al mirarlas su pensamiento está ligado indisolublemente al comienzo de la novela, entrevista como un largo camino por andar, camino que se haría

intransitable si no llevara los pies calzados con zapatos especiales, el par más maravilloso y suave, más estético que existe en el Universo. En sus andanzas topa con una zapatería en donde hay un par de zapatos que le fascina; están de barata: le parecen sin embargo excesivamente caros porque está acostumbrada a ser abonera, a comprar en retazos: sus padres fueron aboneros como quien dice porque llegaron a México y lo primero que se encontraron en el tren que iba hacia lo desconocido fue a un señor hebreo que llevaba miles de corbatas alrededor del cuello y miles de sombreros encimados sobre la cabeza, y no sé bien qué en las manos, pero habló con mis padres en ruso y les dijo que no hablaran ruso, que hablaran alemán, y eso marcó sus vidas porque mi padre llevó en la cabeza una canasta con pan que lo inició en el camino de los aboneros, luego se compró un caballo, ¿de dónde lo sacó si no tenía dinero? Nunca lo supe, pero hay que convenir en que comenzó con el pie derecho el camino de la vida en México sobre un caballo y que ese caballo era para llevar el pan, pero cuando mi padre andaba ya a caballo como conquistador la canasta la llevaba sobre la cabeza un indio que para mayor precisión se llamaba Serafín y Serafín era como los esclavos de Cortés porque mi padre prefería leer poesía mientras Serafín cargaba, vendía y cobraba las mensualidades, porque aunque parece mentira el pan se vendía en abonos. Y si yo voy a pie por el camino de la vida con zapatos de diseñador, Ferragamo o Maud Frizon (no Christian Dior ni Yves Saint Laurent), entonces si que las cosas me van a ir bien, sobre todo si conservo a la vez mis viejos hábitos ancestrales, los de abonero, y si puedo conseguir, en barata, el último par de zapatos color verde fatiga de Ferragamo, con un tacón ni muy bajo ni muy alto, medio botines, con una hebilla preciosa, divino calzado que cumple una doble función: permitirme que siga por la vida con zapatos de diseñador, perfectos, elegantes, y, cosa fundamental, no demasiado caros.

17 – Nunca lo había pensado antes, pero ¿no tendrá ella los pies deformados y adoloridos porque antes no se calzaba con zapatos de diseñador? Pero , sigo: ella recorre Bond Street, pasa por Armani, se pasma ante sus trajes y sobre todo cuando toca la textura de las telas; Ungaro, vestidos exquisitos, pero demasiado juveniles (ya no tiene tan estrecha la cintura), Yves Saint Laurent, maravilloso, pero ¿dónde usaría esos zapatos? Podría comprarse un traje de Armani, tiene el dinero ahora que están de barata, pero está acostumbrada a gastar el dinero en

pequeñeces: ocupan tanto lugar las prendas en su *closet* que podría comprarse, sumándolas, algo maravilloso, pero no lo hace, lo recalco, porque tiene mentalidad de abonera. Sus pasos ciegos la dirigen de nuevo a Ferragamo donde ha visto los zapatos, sabe que no podrá escribir si no está bien calzada, ya lo ha comprobado: lleva ahora unos zapatos de Oxford Street, de *Ravel*, tienda barata para los que vienen de fuera o los que no tienen mucho dinero como ella o tienen la misma mentalidad de abonero que tengo yo, además de sentir una nostalgia inmensa como de tango por esos zapatos de tiritas de colores, verde y gris, rojo y gris, azul marino y blanco, tacón alto y esbelto de mi zapatería de infancia, la que tuvo mamá, al lado de los zapatos de *glacé* de viejita de Elizondo que íbamos a buscar a Tacuba con papá y cuando los de *vamp* costaban veintitrés pesos con cincuenta centavos y los de viejita doce cincuenta. Quizá debiera comprarme unos zapatos así; antes me los compraba en las baratas, recuerdo un par gris con verde Christian Dior, tacón muy alto, zapatillas con hebilla abrochadas en forma de T, como las de los años veinte, zapatos que tuve que regalar el otro día, aunque estaban muy buenos todavía, pero ya no puedo usarlos porque tengo juanetes y tener juanetes calza perfectamente con la mentalidad de abonera y no con los zapatos estilosos.

18 – Un pie alterado como un zapato demasiado usado, el tacón pelado y las deformaciones de los pies ya no se ocultan con el calzado: las puntas abolladas o arrugadas exhiben una parte que ya nunca podrá ser llenada por el pie. Nada recibe tanto el impacto de la realidad como los pies calzados sobre la tierra. Por eso de niña usé zapatos de charol negro con hebilla y traba en forma de T, achatados, de piso, con tacón de goma o blancos y durante los primeros días no quería caminar con ellos para no mancharles la suela y para evitarlo caminaba sobre periódicos. Esa operación detiene el efecto de realidad, mantiene la belleza intacta, como sucede en las naturalezas muertas en las cuales un poco de basura que nunca se deteriora porque está pintada decide el equilibrio.

19 – Sus pasos ciegos la dirigen de nuevo a Ferragamo donde ha visto los zapatos, sabe que no podrá escribir si no está bien calzada, entra, pregunta por los zapatos, se los muestran, son de un gris verdoso, con un reflejo plateado producido por el tratamiento que le han dado a la piel, el tacón no es demasiado delgado, es mediano, con una pequeña curva

interior como los de los zapatos del catálogo de Ferragamo ahora que están en exhibición en el Albert y Victoria. Ha ido al museo, ha pasado por las innumerables salas donde se amontonan erráticas colecciones de estatuas medievales, cerámicas azules, alfombras persas; piensa que debería detenerse, porque las alfombras persas están asociadas definitivamente a los zapatos o mejor dicho a la falta de zapatos, porque uno no debe pisarlas, hay que descalzarse antes de entrar a una mezquita o a una casa, sin embargo sigue sin detenerse, sólo el pensamiento le sirve de lastre en ese camino hollado por sus zapatos; las alfombras están en la pared: nunca podrán alcanzarlas ni siquiera unas sandalias. Encuentra por fin, ¡oh maravilla! la sala donde se exhiben los zapatos del genial Ferragamo. De nuevo en la tienda, se prueba los zapatos que le han traído después de señalarlos en la mesa redonda en la que se exhiben los objetos de barata; le aclaran que es el único par, se mide el pie izquierdo, en el que tiene el juanete; comprueba que la hechura es perfecta: soluciona a la vez el problema de la belleza y el de la comodidad; sin embargo, no puede evitarlo, le parecen demasiado caros, aunque estén de barata. Recorre de nuevo las tiendas, ningún zapato le gusta de la misma manera, pero le siguen pareciendo caros, está acostumbrada a gastar en cosas pequeñas, baratas, le parece que es lo único que se merece, pero, eso sí, también sabe que la novela que quiere escribir no puede escribirse si no se decide a comprar el calzado de Ferragamo, su ábrete sésamo, esa zapatilla de cristal del hada madrina.

20 –Lo que más le preocupa en ese momento es que come demasiado turrón de yema y bebe demasiado jerez y engorda y además no puede usar zapatos Ferragamo ni quitárselos en la playa para tocar la arena porque tiene juanetes y a menos que la arena le cubra los pies su deformidad es visible. Piensa en otros zapatos que ha hecho Ferragamo, y en esas hormas a la medida de cada pie diplomático, imperial, artista o del *jet set*. En ese momento desea tener los pies de la Mangano quien como ella perteneció en la infancia a las clases inferiores y probablemente, como ella, usó zapatos de marcas corrientes y puede darse que, también como a ella, se le haya formado un juanete y, ¿por qué no pensarlo así?, Ferragamo pudo haberle hecho una horma a la medida de su juanete.

21 – Me interesa mucho la vida de Ferragamo pensé hoy por la tarde. Idea curiosa en alguien que tiene los pies deformes y está en la playa y está descalzo ; no sé como puede interesarme la vida de un señor gordo que se mantuvo siempre inclinado, midiendo pies y confeccionando hormas de madera. Aunque, claro, esas hormas eran únicas, una para cada pie, porque como la huella de las manos la huella de nuestros pies es única, así es la vida o la anatomía, un simple designio de la naturaleza. Además, en cada una de las hormas que hacía Ferragamo inscribía el nombre del dueño de los zapatos que permitían caminar por el mundo con solidez. Las hormas eran perfectas, de madera de magnífica calidad. Ahora las hormas se venden a precio de oro, pero hay que comprarlas si uno quiere mantener sus zapatos impecables. No me canso de pensarlo: las huellas de cada pie son excepcionales y únicas como las huellas de la mano; pero en estas época de democracia nadie lo quiere admitir y en lugar de mandarse a hacer la ropa a la medida se la compra uno ya hecha, *prêt á porter*, y, lo mismo, sobra decirlo, pasa con los zapatos.

22 – Mientras piensa en los zapatos sabe que escribirá un texto que tiene que parecerse a la ópera que detiene a la historia y a los sentimientos: los inmoviliza. En el teatro esos sentimientos se activan y en la ópera lo que parece trágico se vuelve grotesco por la voz, los ademanes y el atuendo y también porque, vuelve a pensar, tiene deformados los pies, se le han ido deformando cada vez que canta su aria triunfal, aria en la que siempre se duerme su principal compañero que la ama pero que no soporta la ópera y la escena se repite degradada en la zapatería, en su mente, mientras la música suena en el impecable *compact disc* donde Aída, parecida a Nefertiti, inicia el descenso a los infiernos con su intensa y pura voz de soprano.

23 – Me detengo, esto es muy importante, su obsesión principal le viene de la idea de la fama, del honor del nombre. Convencida, regresa a Ferragamo, vuelve a probarse los zapatos, la empleada le comenta, “usted ya estuvo aquí”, ella asiente, se decide, los compra, pero antes de hacerlo pronuncia un voto, una manda a Santa Teresa: usarlos solamente cuando se siente a la máquina, como ahora lo hace, con los zapatos puestos , con unas medias del tono exacto (se comprará luego varios pares en *Fogal*, medias de diseñador adecuadas para los zapatos de

Ferragamo) y, por fin, con solemnidad, ¡ya era hora!, sentada como franciscano seráfico a la máquina de escribir o a la computadora, fumándose un cigarrillo, oyendo a Bach, comiendo turrón de yema y bebiendo un oporto, comienza el acto más heroico de su existencia: escribir la *historia de la mujer que caminó por la vida con zapatos de diseñador*.